

Identidad y desafíos de la Universidad

Hace cuarenta y cinco años un primer puñado de jóvenes tachirenses pudieron comenzar sus estudios universitarios en el Salón de Lectura del Ateneo de San Cristóbal, prestado generosamente a la Extensión Táchira de la Universidad Católica Andrés Bello mientras se acondicionaban las antiguas instalaciones del Seminario Diocesano donde ha funcionado hasta la fecha. Veinte años más tarde, el Estado venezolano reconoce la madurez de este esfuerzo sólido y sistemático de ofrecer una educación superior de calidad a todos los sectores sociales del Estado Táchira y autoriza, el 26 de julio de 1982, la conversión de la Extensión Táchira de la UCAB en la Universidad Católica del Táchira, con personalidad jurídica propia.

A los veinticinco años de vida autónoma la Universidad Católica del Táchira siente que ha hecho un camino, tiene una experiencia que compartir con la sociedad, es consciente tanto de sus fortalezas como de sus debilidades y vive el presente como oportunidad de contribuir a un futuro mejor para la sociedad venezolana, sorteando las amenazas que se ciernen sobre la libertad y la autonomía.

La inauguración solemne de este año académico 2007-2008 es una ocasión propicia para reflexionar sobre la identidad ucatense y los desafíos que hoy se le presentan a la UCAT, a las Universidades Católicas y a la institución Universitaria como tal. Esta tarde comparto con Ustedes, miembros de la comunidad universitaria ucatense, seis de esos desafíos a los cuáles podemos y queremos responder desde nuestra identidad.

Primero: el desafío de servir al pueblo en una situación cambiante

La UCAT ha crecido en estos últimos años, orientada por su Plan Institucional de Desarrollo y empeñada en hacer realidad su visión 2010. La oferta académica es más amplia tanto en pre como en postgrado, la comunidad ucatense es más grande en número, más compleja y plural en su conformación -aunque seguimos echando de menos una participación más activa de nuestros egresados-, la vinculación con la sociedad tachirense y venezolana es más densa y lo será aún más a partir de la consolidación del servicio comunitario como una actividad permanente de la Universidad.

Por otra parte, el desarrollo de la situación política nacional está afectado la vida universitaria. Como en tantos ambientes de la sociedad venezolana no se hace fácil encontrar los espacios y los modos adecuados para intercambiar, analizar y comprender mejor el proceso que vive el país. Muchas interrogantes perviven en el interior de cada uno de los miembros de la comunidad y generan, en muchos casos, una incómoda situación de incertidumbre que se conforma con buscar soluciones individuales, postergando el esfuerzo de encontrar caminos comunes o, al menos, compartidos.

Entre las interrogantes que llevamos dentro y cuesta formular abiertamente se encuentran las posibles consecuencias de la reforma constitucional en marcha sobre el modelo social y el régimen político que se está construyendo en Venezuela, así como el papel de la democracia en el futuro inmediato. Como universitarios estamos llamados a aportar nuestro análisis y contribuir a que se tome una decisión reflexionada, orientada a salvaguardar los intereses de largo plazo del pueblo de Venezuela.

También nos preocupa todo lo que se refiere al campo de la educación. No sólo somos una institución educativa sino que, por vocación y elección consciente, formamos educadores en nuestras aulas. Ningún universitario tiene duda sobre la necesidad de renovar profundamente las bases de la educación en todos sus niveles para que pueda seguir siendo instrumento de formación de personas capaces de inventar un mundo mejor al que vivimos. Las Universidades, especialmente las encomendadas a la Compañía de Jesús, hemos participado activamente en la generación de teorías y prácticas pedagógicas renovadoras de la educación, en conjunto con instituciones de reconocida calidad y prestigio internacional como la UNESCO, y queremos seguir haciéndolo porque estamos convencidos de que es uno de los mejores aportes que podemos hacer al futuro humano desde la Universidad.

La UCAT nació para servir al pueblo de esta región y de Venezuela, con corazón latinoamericano y mundial. Los intereses de la UCAT son los intereses del pueblo venezolano. Por eso, necesitamos escuchar a la gente y sintonizar con su sentir y aspiraciones. Sólo desde una visión sectaria y de escasa honestidad intelectual se puede desconocer que el actual gobierno surge aupado por los pobres que se sintieron excluidos en las décadas finales del siglo XX. También es bueno recordar que la UCAT nace mucho antes como uno de los muchos esfuerzos de la Iglesia Católica de fortalecer la corriente de inclusión social orientada a la superación de la pobreza en la sociedad venezolana. A la vez, resulta bastante claro que una parte de los sectores que se oponen hoy al gobierno no sienten la inclusión de los pobres como prioridad ni la superación de la pobreza y sus causas como un objetivo innegociable de cualquier acción política que quiera responder a los intereses de la mayoría y construir un futuro democrático y socialmente inclusivo en Venezuela.

Por otra parte, la marcada tendencia estatista y centralista presente en los actuales diseñadores de políticas públicas ha llevado a dejar de reconocer el carácter de “bien público” de los esfuerzos educativos privados queriendo verlos exclusivamente como una actividad lucrativa particular. Al mismo tiempo, la polarización política, con su consecuente visión simplificadora de la realidad, va más allá y asocia injustamente educación privada con “oposición política”. Como consecuencia, conservar y consolidar el espacio de la educación universitaria privada católica sin fines de lucro, como la que la Universidad Católica del Táchira ha realizado en sus cuarenta y cinco primeros años de vida, se convierte en uno de los desafíos que nos corresponde enfrentar desde nuestra identidad y misión.

Segundo: el desafío de buscar, hallar y comunicar la verdad

La realidad venezolana en la que se desarrolla hoy la vida de la UCAT también está afectada por la situación mundial que caracterizamos sintéticamente como “cambio de época”. Al hablar del cambio de época estamos haciendo referencia al “reino de la libertad”, a la historia como la esfera de las relaciones que dependen de las decisiones de los seres humanos que no sigue un guión previamente establecido, sino que se va conformando de acuerdo a las decisiones que se toman o se dejan de tomar. Un cambio de época de la humanidad no es un proceso cuyo resultado está previsto en una suerte de código genético. La humanidad que surja de este proceso de gestación será el resultado de las decisiones que tomen las personas, los pueblos y las organizaciones sociales que conforman esa maraña de intereses tan diversos presentes en las complejas relaciones del mundo contemporáneo. Nuestra identidad universitaria católica es la fuente desde la que nos proponemos aportar al surgimiento de la nueva época.

Frente a la tendencia dominante a convertir el individualismo en la característica dominante del futuro, nos esforzamos, desde nuestra identidad, por hacer de esta transición un proceso de personalización y, por tanto, de humanización. Individualismo significa vivir desde mí, en mí y para mí como posición vital que coloca a todos los demás y todo lo demás en función de mí. Desde la identidad cristiana, en cambio, la persona se constituye como tal por las relaciones con los demás, es decir, que mi vida depende de los otros, de las relaciones que establezco con otros y, en última instancia, de la fuente que representa Dios como el totalmente Otro que nos crea por puro amor.

De la escogencia que se haga frente al dilema entre el individuo autárquico, individualismo, y el individuo-persona, se derivarán modelos antagónicos de la nueva época de la humanidad. No podemos, pues, dejar de preguntarnos sobre nosotros mismos y el ambiente que formamos en nuestra comunidad ucatense. Preguntemos con seriedad, nuestro ambiente universitario ¿es individualista y por eso caracterizado por un tipo de competencia excluyente? o ¿vamos creando un cuerpo social personalizado, abierto a los demás, incluyente de quienes son diferentes, solidario con los más pobres, capaz de buscar el bien hasta de los enemigos? ¿Nos hacemos competentes para servir mejor a los otros y propiciar la fraternidad solidaria o para acumular privilegios en una sociedad discriminadora?

Apenas comenzando el siglo XXI (año 2000) se realizó la llamada Cumbre de la Tierra en la que participaron todos los Estados-naciones del mundo y muchas organizaciones no gubernamentales. Al menos desde entonces la humanidad no puede alegar ignorancia respecto de las amenazas ciertas que se ciernen sobre la posibilidad de la vida en el planeta, representada en fenómenos como el llamado calentamiento global. Sin embargo, como los pasajeros del *Titanic*, confiados en que viajaban a bordo del fruto más excelso de la razón tecnológica y gobernado por los mejores conocedores de las rutas marítimas, marchamos a toda máquina al choque con las consecuencias

de una ruta de la que aunque se conocen sus enormes riesgos se mantiene tericamente. La humanidad carece hoy de voluntad y organizaciones políticas efectivas que permitan tomar a tiempo aquellas decisiones que trasciendan los límites bien conocidos del modelo de producción industrial y cultura consumista que se impone a todo el mundo.

Por su parte, la Universidad ha estado vinculada desde sus orígenes a la búsqueda de la verdad, más aún, al gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla, en todos los campos del conocimiento, como lo expresa hermosamente San Agustín¹.

En la Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas *Ex corde Ecclesiae*, Juan Pablo II se refiere a la médula de este desafío:

Es un honor y una responsabilidad de la Universidad Católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad. Es ésta su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene «la íntima convicción de que la verdad es su verdadera aliada... y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe». Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios. Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre. Por una especie de humanismo universal la Universidad Católica se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios.»²

De nuestra identidad como Universidad Católica se desprende este enorme desafío de consagrarnos a la búsqueda de la verdad como la fuente desde la cual puede producirse la renovación de la vida universitaria al servicio de lograr el surgimiento de una nueva época histórica que signifique un paso cualitativo en la humanización de la historia.

La dimensión católica de nuestra identidad universitaria nos pone en condiciones de desapegarnos de cualquier tipo de interés particular o local y enfrentar ese desafío de buscar, hallar, comunicar la verdad y poner en práctica las consecuencias que de ella se deriven. Nuestro aporte al nacimiento de una nueva época de la humanidad debe ser desde la verdad en coherencia con nuestra identidad.

Tercero: el desafío de vivir la vocación universitaria católica en un mundo postcristiano

El cambio de época que vive la humanidad nos ha ido haciendo cada vez más consciente de la diversidad como una característica del cosmos, de la naturaleza y de la cultura. Hoy nos sabemos parte de un universo complejo y no su centro, luchamos por mantener la biodiversidad como expresión necesaria de la vida y comenzamos a percibir la diversidad cultural como la mayor riqueza de la humanidad. Desde una identidad católica, fruto de una auténtica experiencia religiosa, comienza a abrirse paso la conciencia de la *hierodiversidad*. Nos vamos haciendo conscientes de las muchas formas en las que se revela Dios en la historia humana³.

Tomar conciencia de la *hierodiversidad* se convierte en una invitación y un desafío. Nos invita a salir de lo que, consciente o inconscientemente, hemos vivido como el terreno privilegiado de una pretendida superioridad de nuestra fe cristiana y católica. La aceptación de la diversidad nos hace conscientes de cómo el cristianismo es una corriente religiosa entre otras muchas que han existido como integrante de la riqueza de la creación cultural humana. Las tradiciones religiosas, también la nuestra, comparten una dimensión esencial: la experiencia de relacionarse con el misterio-realidad última, lo que habitualmente llamamos “experiencia de Dios”, que nunca alcanzamos a expresar en su plenitud. Quienes viven una experiencia de Dios profunda coinciden en reconocer la pobreza del lenguaje humano para expresarla y por mucho esfuerzo que hagamos nuestra palabra sigue siendo incompleta para lograr un discurso acabado sobre Dios que siempre nos resulta mayor⁴.

¹ Cfr. Juan Pablo II. *Ex corde Ecclesiae* (1990), nº 1

² *Idem*. nº 4

³ Estas ideas sobre la dimensión postcristiana de la nueva época son deudoras de las reflexiones de Vicente Santuc, S.I., en mayo-junio de 2007, quien a su vez hace referencia a la obra de Michel Certeau, S.I. y Marcel Gauchet, así como filósofos de la postmodernidad como G. Vattimo y publicaciones teológicas católicas recientes como la *Revista Concilium* nº 319 (Febrero 2007).

⁴ Libro de Job, 42, 1-5

Si aceptamos la invitación a salir de ese terreno de antiguas seguridades nos encontramos ante el desafío radicalmente cristiano de identificarnos con el movimiento *kenótico* de la encarnación de Jesucristo. En efecto, Jesucristo, a quien hemos optado por seguir como modelo de vida humana, nos revela una manera de relacionarse con Dios que parte de la humildad, del abajamiento, del reconocimiento de nuestras limitaciones, para fundar la fe en el don gratuito del amor de Dios. El desafío es salir de las religiones portadoras de verdades metafísicas a experimentar la gratuidad del amor como único fundamento de la fe religiosa, de toda relación con Dios.

Por otra parte, la evolución de las culturas occidentales durante la época moderna ha traído como consecuencia que la religión ya no es articuladora ni proveedora de sentido a la organización social. De allí se deriva que la postmodernidad es también “post-cristiana”, en otras palabras, el ser humano planetario, sujeto del cambio de época, es postcristiano. De nuevo estamos ante el desafío de profundizar en nuestra identidad para descubrir las posibilidades que se nos abren:

La actualidad nos lleva a una doble constatación: ni la voluntad unificadora del cristianismo ni las grandes utopías universalistas modernas han logrado sacar a la luz un sentido global de la historia. Ésta, con sus avatares de violencias y contradicciones, parece repugnar a las síntesis de la razón y uno de los fenómenos de nuestra época sería la renuncia colectiva a los grandes relatos y utopías modernas⁵. Por eso el teólogo Duquoc insiste sobre la fragmentación de la historia. En los textos de ese teólogo, ese diagnóstico está salvado de la desesperación, por el recurso a la convicción de que el Reino de Dios anunciado por Jesús no tiene nada que ver con ninguna realización histórica. El filósofo Vattimo llega al mismo diagnóstico, pero él inscribe su reflexión en la perspectiva de una ontología del acontecer de procedencia judeocristiana, y dice su convicción de que “la historia de la salvación, anunciada por la Biblia, se realiza en los acontecimientos de la historia mundana... y exigen una espiritualización del cristianismo”^{6,7}.

Caer en la cuenta de este fenómeno nos mueve a preguntarnos ¿qué signos encontramos del postcristianismo en nuestra comunidad ucatense y en la región tachirense?

La tentación para una cultura en la que el catolicismo ha estado, y está, tan en su corazón es pensar que se trata de fenómenos de otros y no de nosotros, pensar que el largo recorrido que lleva la sociedad tachirense por la ruta de la modernidad y la globalización no ha tocado, ni va a tocar, ese corazón cultural católico. ¿Será que nuestra juventud tachirense y ucatense no forma parte de la postmodernidad? ¿Será que nuestros estudiantes no participan en la originalidad de las culturas juveniles de nuestro tiempo? La respuesta es evidente, en la comunidad universitaria ucatense convivimos varias culturas juveniles y adultas contemporáneas, modernas y post-modernas, cristianas y postcristianas. Lo que decimos de la comunidad universitaria, con igual razón lo podemos afirmar de la región tachirense en general. ¿Qué implicaciones tiene esta constatación para nuestra actividad universitaria de investigación, creación y trasmisión de conocimientos? ¿Cómo desafía a la misión e identidad de la UCAT?

La identidad ucatense está directamente relacionada con la misión de la evangelización⁸ de la cultura, es decir, estamos llamados a vivir la *buena noticia* de la presencia de Dios en nuestra historia y hacerla presente en todas las expresiones de esta nueva época que nace, especialmente entre los jóvenes. Este es el gran desafío de la pastoral universitaria como dimensión de la formación integral que la UCAT pretende ofrecer a sus estudiantes y demás miembros de la comunidad universitaria: ofrecer la oportunidad de integrar la fe en la complejidad de vida y culturas de sus miembros. Juan Pablo II nos recuerda:

Una Comunidad universitaria preocupada por promover el carácter católico de la institución, debe ser consciente de esta dimensión pastoral y sensible al modo en que ella puede influir sobre todas sus actividades.⁹

⁵ Ver Lyotard Jean-François *La condition postmoderne*, Paris, Minuit, 1979.

⁶ Ver Vattimo, oc. p. 55 y 59

⁷ Santuc, V., Loc cit.

⁸ Cfr. Ex corde... n° 48 y 49

⁹ Ibid., n° 38

Este desafío ha estado presente en la reflexión de la UCAT sobre su identidad y misión desde hace un buen tiempo. Mons. Mario Moronta, al final de las jornadas de reflexión sobre la identidad de la UCAT celebradas en el mes de mayo de 2004, dijo estas palabras:

...hay tres tareas que son fundamentales en nuestra UCAT: el desarrollo de la pastoral universitaria, no sólo ad intra, sino ad extra de la Universidad. Más aún, esto le plantea el reto de asumir el serio y decidido liderazgo de ese sector de la pastoral en nuestra región, donde funcionan numerosos Institutos de Educación Superior. Esto, por supuesto, respetando la sana y responsable autonomía de cada uno de ellos. En segundo lugar, nos encontramos con la tarea de la evangelización de la cultura que exige la animación del diálogo cultural. Esta es una asignatura pendiente en nuestra región y en nuestra misma Universidad. La Iglesia le entrega a la UCAT esta tarea, no para tiempos posteriores, sino para los momentos actuales. Ello no sólo animará la participación de profesores, investigadores y estudiantes en la reflexión acerca de la cultura, sino también en la realización del diálogo entre fe y cultura, entre fe y ciencia. Por otra parte, hay una tercera tarea: la promoción de la justicia que deriva de la fe. No se trata de otra cosa sino de la consecuencia de una formación académica que tiene en cuenta los valores del Reino de Dios y la enseñanza social de la Iglesia.

Si estas tres tareas¹⁰ se derivan de la identidad ucatense y se convierten en desafíos para los miembros de la comunidad universitaria no se pueden departamentalizar. Existe una Coordinación de Pastoral Universitaria cuya primera responsabilidad es lograr una acción sistemática que contribuya a la integración entre la fe y la vida universitaria. Sin embargo, en una Universidad Católica la pastoral no se reduce a un programa de actividades, sino que todos los aspectos de la vida universitaria, especialmente el académico y el testimonio de una vida coherente forman parte de la responsabilidad pastoral compartida por todos los miembros de la comunidad, especialmente los profesores.

Para las Instituciones de Educación Superior encomendadas a la Compañía de Jesús proponerse la excelencia académica es ser fieles al *magis* característico de la espiritualidad que anima su misión y modo de proceder. Por tanto, el desafío es alcanzar un grado de integralidad humana que puede calificarse de excelente. Estamos, pues, hablando de la calidad humana como reto-prioridad de nuestras instituciones y objetivo de la dimensión pastoral de nuestra identidad y misión.

Jesús de Nazareth no hizo un llamado a una “religión nueva” sino a una “vida nueva”. Su predicación no invitaba a buscar a Dios en lugares sagrados o ritos religiosos. Jesús nos enseñó a ir en búsqueda de PapáDios aproximándonos a los otros como hermanos y hermanas, como el Samaritano¹¹, perdonando a los enemigos, dando anónimamente un vaso de agua, un trozo de pan o el vestido necesario a quien lo necesita sin distinciones de ningún tipo. Jesús de Nazareth nos enseñó una fe trascendente, más allá de la religión, sin espacios ni gestos propios que produce como fruto la conversión del corazón y la transformación de las relaciones sociales para construir la fraternidad y la justicia. Por eso, Jesús de Nazareth fue mal recibido por los de su religión, porque centró su mirada sobre los excluidos por ella: los pecadores, las prostitutas, los enfermos y los paganos en quienes llegó a encontrar más fe que los fieles judíos¹².

Para que el catolicismo trascienda hacia la nueva época, basado en la fe en Jesucristo de tantos de sus seguidores, e ir hacia el Dios-Amor necesita abandonar esas construcciones de una imagen Dios distinta a las que nos reveló Jesucristo, que se han colado a lo largo de los siglos. Se trata de renunciar, y ayudar a otros a hacerlo, al

¹⁰ El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer. El Evangelio, interpretado a través de la doctrina social de la Iglesia, llama urgentemente a promover «el desarrollo de los pueblos, que luchan por liberarse del yugo del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y de la ignorancia; de aquellos que buscan una participación más amplia en los frutos de la civilización y una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se mueven con decisión hacia la meta de su plena realización». La Universidad Católica siente la responsabilidad de contribuir concretamente al progreso de la sociedad en la que opera: podrá buscar, por ejemplo, la manera de hacer más asequible la educación universitaria a todos los que puedan beneficiarse de ella, especialmente a los pobres o a los miembros de grupos minoritarios, que tradicionalmente se han visto privados de ella. Además, ella tiene la responsabilidad -dentro de los límites de sus posibilidades- de ayudar a promover el desarrollo de las Naciones emergentes. (Ex corde ... n° 34)

¹¹ Lc 10, 25-37.

¹² Lc 4, 24-29

“Dios” de nuestras “ideas sobre Él”¹³, a muchas representaciones e ideas sobre la religión y sobre Dios que deforman su revelación. “Toda práctica religiosa es un acto parcial; la fe es acto vital, integral: es un acto de confianza en esa Presencia del Padre que Jesús señalaba como la realidad; es confianza en ese Padre que confía en que nosotros sabremos, como Él, dar vida a los demás, para estar en la Vida”¹⁴.

La UCAT está llamada a hacer esto mismo en la era postcristiana, propiciar el encuentro con la presencia bondadosa de Dios, *aquí y ahora*, mediante el ejercicio de la benevolencia de unos con otros. Como Jesús de Nazareth, se nos invita a hacer patente la proximidad de Dios en nuestra vida y nuestra historia, a convertirnos en testigos ante todo ser humano, de cualquier raza, cultura o religión de la posibilidad de nacer de nuevo¹⁵ a partir de la experiencia de Dios Padre materno que nos hace hermanos y hermanas.

El cambio de época genera a la pastoral universitaria la oportunidad de ser creativa, no para producir conceptos o verdades, sino experiencia de Dios en la construcción de la fraternidad humana.

Cuarto: el desafío de promover la Justicia que se deriva de la Fe

La lucha por la justicia que brota de la fe es la lucha crucial de nuestro tiempo¹⁶. Percibirlo así es uno de los frutos de la auténtica experiencia del Dios Padre materno y de la libertad que nos da elegir la vida en la fe como la inició Jesucristo. Quien vive del prestigio, quien lo necesita para sentirse persona, quien encuentra sus motivaciones en la propaganda que lo lleva al espiral sin fin del consumo, porque necesita llenarse de cosas y consumir cosas de calidad, no ha alcanzado esa libertad de los hijos de Dios y no es capaz de poner sus capacidades al servicio de la promoción de la Justicia Social como exigencia del anuncio de la *Buena Noticia*.

Una de las características que define el quehacer universitario y el apostolado intelectual es el esfuerzo sistemático en la creación de pensamiento a través de la investigación científica y humanística. La Universidad Católica, como parte de su esfuerzo en promover la Justicia que brota de la Fe, tiene el desafío de hacer y promover una investigación socialmente significativa a través de la cual se logre crear un pensamiento transformador de las estructuras sociales generadoras de injusticia y exclusión¹⁷.

El resultado del esfuerzo de las Universidades Católicas se concreta también en la formación de profesionales competentes que sean al mismo tiempo ciudadanos conscientes y comprometidos en la búsqueda de la Justicia Social. El desafío, en este sentido, consiste en ofrecer una auténtica formación integral como oportunidad para desarrollar las distintas dimensiones del ser humano. Nos proponemos una Universidad que sea un espacio para el crecimiento personal, el afianzamiento de los valores éticos, la libertad, la justicia, la tolerancia y la capacidad de diálogo. El enfoque curricular de la Universidad Católica está, pues, obligado a considerar todas las dimensiones de la persona.

Una Institución de Educación Superior encomendada a la Compañía de Jesús entiende que la calidad de su formación está íntimamente asociada a la lucha por la equidad social que tiene que ver con el esfuerzo de hacer de la Universidad un instrumento de justicia social y no de discriminación o diferenciación. La atención a los más pobres (con y por los más pobres), a la juventud y a la tercera edad forma parte de este desafío. Uno de los factores que incide en la calidad-equidad de la oferta educativa es la flexibilidad de los planes de estudio que permitan carreras

¹³ Santuc, V. Loc. Cit.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Jn 3, 1-8

¹⁶ Congregación General 34° de la Compañía de Jesús, Decreto 4.

¹⁷ La Universidad Católica, como cualquier otra Universidad, está inmersa en la sociedad humana. Para llevar a cabo su servicio a la Iglesia está llamada -siempre en el ámbito de su competencia- a ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad. Sus actividades de investigación incluirán, por tanto, el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional. La investigación universitaria se deberá orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas. Ex corde..., nº 3.

socialmente pertinentes y facilidades de acceso, prosecución y culminación por parte de los estudiantes. En estos momentos en los que se propone una transformación importante del sistema de educación superior y la UCAT empieza su reforma curricular este desafío cobra especial importancia.

El fortalecimiento de la dimensión política de la vida humana es, quizá, el mayor de los desafíos de complejo proceso de una planetización que lleve a una vida humana más justa. La UCAT está comprometida por su identidad y misión a contribuir de la forma más eficiente posible al fortalecimiento de la sociedad civil (pueblo organizado) como sujeto de la vida pública en democracia. Para atender este desafío es necesario incluir la dimensión política en el diseño curricular y en los planes de estudio de las carreras, así como fomentar la investigación en esta área y ofrecer actividades extra-académicas, formativas y prácticas, orientadas a la formación ciudadana.

Quinto: el desafío de ser una Universidad a la altura de los tiempos

Universidad a la altura de los tiempos es sinónimo de contar con la plataforma tecnológica “de punta” al servicio de la formación integral que se ofrece y de la propia gestión de la institución. El desafío para las Instituciones de Educación Superior encomendadas a la Compañía de Jesús es, por una parte, mantener actualizada la plataforma tecnológica y, por la otra, hacer un uso eficiente de ella en todas las dimensiones del quehacer universitario, sin perder el perfil humanista propio de la identidad que las caracteriza¹⁸.

La re-creación de un pensamiento humano complejo que supere la racionalidad moderna y otorgue sentido al uso de la tecnología forma parte de este desafío. La tradición filosófica y científica de la Compañía de Jesús, de la Iglesia y las Universidades Católicas, afronta hoy nuevas cuestiones epistemológicas y formas interdisciplinarias y transdisciplinarias de creación de pensamiento que se convierten en una nueva esfera de investigación y diálogo intelectual.

La gestión interna de UCAT representa otro enorme desafío para vivir la identidad que le da sentido. De la capacidad de adquirir una visión estratégica de largo plazo desde la cual se oriente y evalúe constantemente la marcha de la universidad depende en buena parte su vigencia y pertinencia tanto social como apostólica.

Por su propia naturaleza la universidad es una institución abierta y la efectividad del trabajo universitario está indisolublemente ligada a la participación activa en la comunidad intelectual mundial y la vinculación efectiva entre las Universidades Católicas y el complejo mundo universitario mundial. Con cierta timidez las Universidades empiezan a experimentar las ventajas de organizarse en una red de redes a través de la cual se pueda ampliar y mejorar el servicio que las instituciones de educación superior prestan a la sociedad.

La UCAT ha empezado a percibir las ventajas de una sinergia positiva entre Universidades con una identidad semejante. La pertenencia a la red de redes que funciona bajo la Asociación de Universidades encomendadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL) ha permitido compartir experiencias entre los “homólogos” de las distintas Facultades y Escuelas, la participación de algunos profesores y alumnos en programas virtuales como el estudio de la pobreza en América Latina o la utilización de recursos tecnológicos para la enseñanza o los Derechos Humanos. Así mismo hemos sido una de las seis Universidades que inició el Programa de Liderazgo Universitario y estamos instalando el sistema Magix de gestión universitaria integral creado por la Universidad Católica del Uruguay.

Por consiguiente, generar una efectiva red de redes entre las Instituciones de Educación Superior encomendadas a la Compañía de Jesús, otras obras apostólicas de la Compañía, de la Vida Religiosa y de la Iglesia se convierte en

¹⁸ Un campo que concierne especialmente a la Universidad Católica es el diálogo entre pensamiento cristiano y ciencias modernas. Esta tarea exige personas especialmente competentes en cada una de las disciplinas, dotadas de una adecuada formación teológica, y capaces de afrontar las cuestiones epistemológicas a nivel de relaciones entre fe y razón. Dicho diálogo atañe tanto a las ciencias naturales como a las humanas, las cuales presentan nuevos y complejos problemas filosóficos y éticos. El investigador cristiano debe mostrar cómo la inteligencia humana se enriquece con la verdad superior, que deriva del Evangelio: «La inteligencia no es nunca disminuida, antes por el contrario, es estimulada y fortalecida por esa fuente interior de profunda comprensión que es la palabra de Dios, y por la jerarquía de valores que de ella deriva ... La Universidad Católica contribuye de un modo único a manifestar la superioridad del espíritu, que nunca puede, sin peligro de extraviarse, consentir en ponerse al servicio de ninguna otra cosa que no sea la búsqueda de la verdad»(39). Ex corde..., nº 46.

un reto-prioridad para la próxima década. En cuanto a la Compañía de Jesús el desafío-sueño alcanza incluso la posibilidad de crear un Sistema Mundial de Universidades que le de consistencia al trabajo conjunto y en red de redes al apostolado intelectual concebido como una dimensión prioritaria de la misión de la Compañía de Jesús y de la Iglesia.

No es pequeño el desafío de asegurar los recursos para sostener instituciones de educación superior con la identidad y misión de las Universidades Católicas. La educación superior es cada vez más costosa. Se requieren fondos que aseguren la calidad de las instituciones en un medio muy competitivo y que no produzcan dependencias, públicas o privadas, que mediaticen el enfoque educativo que se plantea desde la identidad y misión propias que incluye facilitar el acceso a ella de los sectores sociales empobrecidos.

Sexto: el desafío de ser una comunidad universitaria

La identidad ucatense incluye la dimensión de constituir una comunidad. No basta con definirnos como comunidad o querer serlo para que sea realidad. Se requiere un esfuerzo sistemático para lograr convertir este variado, plural, complejo y creciente grupo humano que comparte las tareas en la UCAT en una "comunidad"¹⁹. Un esfuerzo mancomunado entre cada una de las personas y la institución por sintonizar su vida y modo de actuar con las dimensiones que conforman la identidad ucatense. Necesitamos ir compartiendo a fondo la misma motivación por la que formamos parte de esta comunidad, a saber, en primer lugar, la común consagración a buscar, hallar y comunicar la verdad, y, luego, adquirir una visión compartida de lo que buscamos como Universidad en la cual encuentre sentido cada una de las tareas cotidianas a la que dedicamos nuestro tiempo en el conjunto de la organización.

Necesitamos, pues, dedicarle programas sistemáticos, tiempo y recursos a la formación de todo el personal académico, administrativo y obrero de UCAT para hacer posible la consolidación de la identidad, formar una comunidad universitaria y adelantar una gestión adecuada, acorde con la complejidad de la misión. Dentro de estos programas no hay que olvidar la formación de directivos de la universidad en la que se combine adecuadamente la carrera académica con la adquisición de la experiencia y las destrezas necesarias para las funciones directivas y el liderazgo inherente a ellas.

Formar parte de una comunidad universitaria como la que exige la identidad ucatense que hemos esbozado esta tarde es una elección de vida y no sólo la escogencia de un trabajo. La vida universitaria, lo sabemos bien, es exigente. La vida intelectual desde la perspectiva de la identidad de las Universidades Católicas no lo es menos. De aquí se desprende otro desafío: promover la vocación universitaria para contar con personas capaces y dispuestas vivir la Universidad, a vivir su dimensión católica en el sentido no-confesional descrito, a consagrarse en la búsqueda de la verdad.

Cuarenta y cinco años de vida ucatense nos han regalado la posibilidad de alimentar nuestra esperanza frente al futuro y el ánimo de enfrentar todos los desafíos que se derivan de nuestra identidad como Universidad. Mons. Moronta nos decía en mayo de 2004:

...la Universidad Católica debe ser una institución, más bien una comunidad, que sepa contagiar esperanza. Sabemos que la esperanza es la fuerza que Dios da para construir y edificar. Para poder contagiar esa esperanza, se requiere, entonces, que sea capaz de atender y promover los valores antes mencionados y que constituyen anhelos de la humanidad.

Sigamos haciendo lo que esperamos, con renovado entusiasmo en este año académico 2007-2008. Muchas gracias.

San Cristóbal, 9 de octubre de 2007

¹⁹ Cfr. Ex corde..., n° 21.